

Florencia, la cogió de la mano, besó la mano, se apartó, volvió nuevamente, se puso de rodillas, rompió á reír, lloró, todo esto sin que le importara el peligro en que se encontraba de ser despedazado por Diógenes; y era verdad, en el desconfiado ánimo del perro, que aquellas demostraciones de Toots envolvían hostilidad contra su ama; por esto daba vueltas en derredor de mister Toots, indeciso acerca del lugar por donde comenzaría el ataque, pero bien resuelto á un horrible destrozo.

— ¡Oh, Di, esté usted quieto, mal perro! Querido señor Toots, tengo infinito gusto en verle.

— Muchas gracias — repuso Toots. — Yo estoy muy bien; muy obligado á usted, miss Dombey. Espero que su familia toda estará lo mismo.

Mister Toots decía todo esto sin saber lo que hablaba, y, sentándose después en una silla, se quedó contemplando á Florencia con una expresión de delicia y de desesperación á la par que únicamente era posible en su cara.

— El capitán Gills y el teniente Wálter me han dicho — murmuró Toots dirigiendo la palabra á Florencia — que puedo prestar á usted algún servicio. Si por algún medio puedo borrar aquel recuerdo de cierto día en Brighton, en que me conduje mucho más como parricida que como caballero que goza de una posición independiente — añadió Toots acusándose con toda severidad á si mismo, — entonces entraré con el mayor júbilo en el silencio de la tumba.

— Por favor, señor Toots — repuso Florencia, — no me pida usted que olvide cosa alguna de nuestro conocimiento. No podría hacerlo, créame usted. Siempre ha sido usted bondadoso y bueno para conmigo.

— Miss Dombey — repuso Toots, — la consideración que tiene usted por mis sentimientos es efecto de su bondad angelical. Doy á usted un millón de gracias. No tiene importancia.

— El favor que deseamos de usted — dijo Florencia — es que nos diga, si se acuerda, á qué sitio se marchó Susana cuando la acompañó usted amablemente á la diligencia.

— No lo sé fijamente, miss Dombey — contestó el joven después de reflexionar un momento; — no me acuerdo á dónde iba la diligencia. Pero si me dijo, y esto lo tengo muy presente, que no concluía su viaje en el punto término de la diligencia, que iba más lejos. Ahora, si quiere usted que la busquemos y que se la traigamos aquí, puede usted contar con que lo haremos tan rápidamente como nos lo permita, por una parte mi deseo de servirla, y por otra la gran inteligencia del Pollo.

Tan manifestamente alegre estaba Toots ante la idea de ser útil, y tan evidente la sinceridad de sus ofrecimientos, que hubiera sido cruel no aceptar estos. Con su instintiva delicadeza comprendió Florencia que no era posible suscitar el menor obstáculo. Por consiguiente, dió repetidas gracias á Toots, quien se propuso pasar al desempeño de su misión inmediatamente.

— Miss Dombey — dijo Toots tocando la mano que le tendía Florencia, — ¡adiós! Me tomo la libertad de decirle que su infortunio me hace enteramente desgraciado, y que, después del capitán Gills, nadie debe inspirar á usted más confianza que yo. Bien conozco mis deficiencias, miss Dombey — pero esto no tiene importancia. Muchas gracias. — Aseguro á usted que puede contar conmigo enteramente.

Con esto salió Toots de la habitación de miss Dombey, siempre acompañado del capitán. Seguíale éste á pequeña distancia, con el sombrero en la mano, y arreglándose con la mano postiza el pelo que le caía en mechones sobre la frente. Cerróse la puerta, y otra vez vino á quedarse mister Toots á oscuras de la luz de su vida.

— Capitán Gills — dijo el joven deteniéndose casi al final de la escalera, — si he de serle franco, no me hallo en este momento tan sereno como sería necesario para despedirme del teniente Wálter con toda la expresión amistosa que quisiera manifestarle. No siempre podemos dominar nuestros sentimientos. Por consiguiente, capitán Gills, le agradeceré mucho que para salir me abra alguna puerta retirada.

— Hermano — repuso el capitán, — tomará usted el rumbo que quiera. Sea el que fuere, seguro estoy de que será franco y digno de un marino.

— Capitán Gills — dijo Toots, — le agradezco esa buena opinión, que es un consuelo para mí. Ahora hay una cosa — añadió Toots parándose en el umbral de la puerta — que desearía conociese el teniente Wálter, y es que acabo de entrar en plena posesión de mis bienes y que no sé qué hacer con ellos. Si pudiera ser útil, desde el punto de vista pecuniario, desendería al secreto de la tumba, satisfecho.

Toots no dijo más, y se marchó cerrando tranquilamente la puerta para que el capitán no le diera alguna contestación negativa.

Florencia pensó en aquella buena criatura por largo rato, y con emociones de pena y de placer al mismo tiempo. Era de corazón tan bondadoso y de ánimo tan recto, que verle y poder contar con él en aquella situación desgraciada constituía para Floren-

cia un motivo de júbilo y de consuelo inapreciables. Pero también tenía un sentimiento tan profundo por haber alterado la tranquilidad de aquella existencia, que se le saltaban las lágrimas y se conmovía su corazón con verdadero sentimiento. El capitán Cuttle, aunque con diferentes sensaciones, también pensaba mucho en Toots. Y Wálter lo mismo. De modo que cuando llegó la noche y se reunieron los tres en el gabinete de Florencia, Wálter habló de Toots de muy apasionada manera y refirió á Florencia lo que había dicho al capitán al tiempo de marcharse, comentando y apreciando aquel acto con el ardimiento simpático que merecía.

No volvió mister Toots al siguiente día, ni al otro, ni en muchos más. Entre tanto, sin inquietud ninguna siguió Florencia en el hogar del viejo instrumentista náutico lo mismo que un pajarillo encerrado en la jaula. Pero Florencia decaía en energías á medida que iba pasando tiempo. La expresión de su mirada y de su rostro cuando de noche se asomaba á la ventana, era la misma que tuvo su fallecido hermano; parecía como si buscase con la vista al ángel, echado en su lecho, allá en la playa luminosa de que tantas veces había hablado.

Florencia había sido siempre de salud delicada. Las agitaciones sufridas contribuían á empeorar su condición. Pero no era ninguna dolencia física lo que al presente la atormentaba; su padecimiento era del alma y la causa de este padecimiento Wálter.

Interesadísimo por ella, ansioso de servirla, pronto á cumplir sus órdenes con todo el entusiasmo y ardor de su carácter, sin embargo notaba Florencia que Wálter procuraba no verla. Durante el día pocas veces se acercaba el joven al cuarto de miss Dombey.

Si ésta le llamaba, sin duda se apresuraba á presentarse tan diligente y tan atento como lo había estado cuando la acompañó de niña por las calles. Pero pronto parecía cohibido, inquieto — y Florencia no podía menos de advertirlo, — hasta que acababa por marcharse. Durante el día no se acercaba Wálter al cuarto de Florencia como ésta no le llamase. Pero por la noche, juntamente con el capitán, no faltaba Wálter, y entonces era para Florencia un feliz momento, pues podía ver en éste el Wálter de su infancia. Sin embargo, alguna palabra trivial, alguna mirada, cualquier circunstancia al parecer insignificante, bastaban para demostrar que había entre ambos jóvenes una separación incomprensible.

Bien veía Florencia que aquella grande alteración de Wálter se manifestaba á pesar de los esfuerzos de ésta para disimular el estado de su ánimo. Evidentemente recurría Wálter á innumerables artificios y disimulos con que ocultar su preocupación; pero Florencia lo observaba, afligiéndola tan extraño proceder de su hermano.

El buen capitán — amigo infatigable, solícito — también había hecho la misma observación que Florencia. Por esto se hallaba mucho menos contento y confiado que antes; por eso, al reunirse los tres por la noche en familiar tertulia, miraba el capitán disimuladamente y con aire pensativo, cuándo á Florencia, cuándo á Wálter.

Por último tomó Florencia la resolución de hablar á Wálter, de tener una explicación con él. Ya creía haber comprendido la causa de aquel cambio, y pensaba que sería un consuelo para ambos el que ella explicase su descubrimiento del secreto no reprochando nada á Wálter.

Era un domingo por la noche cuando Florencia tomó esta resolución. El leal capitán, apretado por un pasmoso cuello de camisa, estaba sentado no lejos de Florencia y tratando de leer á pesar de las gafas que tenía puestas. Florencia le preguntó dónde estaba Wálter.

— Me parece que abajo — contestó el capitán.

— Quisiera hablarle — añadió Florencia levantándose como para bajar á la tienda.

— Voy á decirle que suba al instante — manifestó el capitán.

Y efectivamente se puso en pie con rapidez, echóse el libro al hombro — la Biblia, en que leía los domingos, era enorme, un in-folio que había comprado años antes, pareciéndole que así cuadraba más á la solemnidad de los días festivos — y salió. Poco después se presentó Wálter.

— El capitán Cuttle me ha dicho... — pero no añadió Wálter más, parado al observar la cara de Florencia.

— No se encuentra usted bien, tiene usted la mirada triste — dijo Wálter; — ¡usted ha llorado!

De tal manera se revelaba el sentimiento en la voz de Wálter, que Florencia se emocionó y no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

— Wálter — dijo Florencia con dulzura, — no me hallo bien, es cierto; y he llorado. Tengo que hablar con usted.

Wálter se sentó enfrente de Florencia mirando aquel pálido y bello rostro. Sus labios temblaron.

— Me dijo usted, Wálter, la noche en que tuve conocimiento de que se había usted salvado... ¡Oh, Wálter! ¡qué alegría tuve aquella noche y cuánto esperé entonces!

Al oír esto apoyó el joven su temblorosa mano en la mesa que le separaba de Florencia y fijó más su vista en ésta.

— Me dijo usted que estaba muy cambiada. Me sorprendió mucho oírle esto; pero ahora ya comprendo, ya me he hecho cargo del cambio. No se incomode usted conmigo por eso, Wálter; estaba demasiado contenta para pensar en ello.

Parecía la niña de otros tiempos, ingenua, confiada, de corazón sencillo. No la mujer adorada á cuyos pies hubiera querido depositar en ofrenda todas las riquezas de la tierra...

— ¿Se acuerda usted, Wálter, de la última vez que nos vimos antes de su marcha?

Wálter se llevó la mano al pecho y sacó la bolsita que al despedirse para el viaje le regaló Florencia.

— Siempre la he llevado en el seno — dijo Wálter; — y si hubiera perecido en el naufragio, conmigo se habría sepultado en las olas.

— ¿Y usted la llevará siempre, Wálter, en recuerdo mío?

— ¡Hasta mi muerte!

Florencia puso entonces su mano encima de la mano de Wálter, con naturalidad, como si acabara de darle aquel recuerdo.

— Mucho me complace eso, Wálter; siempre pensaré en ello con júbilo. ¿Se acuerda usted de que aquel mismo día previmos la posibilidad de que las ideas de usted se modificaran?

— ¡No! — contestó Wálter asombrado.

— Pues sí, Wálter. Yo había sido la causa de que se malograsen los propósitos y las esperanzas que usted tenía. Ya lo temía yo entonces; pero ahora lo comprendo. Usted en su generosidad, aunque lo sa-

bía muy bien, lo calló entonces. Aún quisiera usted ocultarlo. Se lo agradezco mucho, pero no se empeñe más en ello. Usted ha sufrido demasiado por sí mismo, y por lo que toca á sus más íntimos allegados, para que pueda pasar por alto la causa inocente de sus peligros y aflicciones. Usted no puede menos de apreciar en mí este carácter; por esto nos es imposible continuar como hermano y hermana. No crea usted, Wálter, que me quejo de usted por esto. Es cosa que pude y aun debí conocer, pero me lo ocultó la alegría. Lo que de usted espero es que piense en mí con menos disgusto ahora que no me son ya desconocidos sus pensamientos. Lo que le pido, Wálter, en nombre de la pobre niña que fué su hermana en otro tiempo es que no luche consigo mismo, que no tenga usted pena por mi causa ahora que lo sé todo.

Mientras hablaba así Florencia, Wálter la miraba con tan profunda expresión de sorpresa, que no dejaba lugar para ninguna otra expresión. Tomó aquella mano, que se había adelantado á tocarle como suplicante, y la estrechó entre las suyas, diciendo:

— ¡Oh, miss Dombey! ¿Es posible que yo, que he sufrido tanto luchando contra mis sentimientos para con usted, venga á ser ahora causa de esa aflicción que acaba de exponerme? Nunca, nunca, y pongo á Dios por testigo, he pensado que fuera usted otra cosa sino el único, esplendoroso, puro, bendito recuerdo de mi infancia y de mi juventud. Desde el primer día he considerado sagrada la parte que ha tomado usted en mi vida y así la consideraré hasta el final de mi existencia. Haber vuelto á verla, haber vuelto á oír sus palabras lo mismo que el día en que nos separamos, es para mí una dicha tan grande, que no acierto á expresarla; tener el cariño y la confianza

de usted lo mismo que un hermano es la mayor y la más preciada merced que puedo recibir.

— Wálter — dijo Florencia con seriedad y evidente inquietud, que se le advertía en el semblante, — ¿qué lucha es esa, contra sus sentimientos, para mí? ¿A qué sentimientos se refiere usted?

— Al respeto y á la veneración — contestó Wálter con abatida voz.

Palideció todavía más Florencia y retiró tímidamente su mano, pero siguió mirando á Wálter.

— No tengo los derechos de hermano — dijo Wálter. — No tengo pretensiones de hermano. Dejé una niña, encuentro una mujer.

Florencia se puso súbitamente colorada, hizo ademán á Wálter de que no dijera una palabra más y se tapó el rostro con las manos.

Ambos guardaron silencio un instante. Florencia sollozaba.

— A un corazón tan confiado, tan puro, tan bueno — dijo Wálter, — debo facilitarle la separación aunque lacere el mío.

Seguía sollozando Florencia.

— Si hubiera sido usted feliz; si hubiera estado rodeada de admiradores, de galantes amigos; si usted siguiera en aquella elevadísima posición á que tiene derecho, y si en tales condiciones me hubiera usted llamado hermano, en recuerdo de los tiempos pasados, entonces habría correspondido yo desde mi distante lugar seguro de no causar perjuicio á la inocente confianza de usted. Pero aquí... y ahora...

— ¡ Oh, gracias, gracias, Wálter! Perdóneme si le he juzgado mal. Nadie me aconseja. ¡ Estoy sola!

— Florencia — dijo apasionadamente Wálter, — hace un momento me he apresurado á decir á usted

lo que de ningún modo ha debido salir de mis labios. A estar yo en la prosperidad, á encontrarme con esperanza de poder ofrecer á usted alguna vez una situación semejante á la que pierde, hubiera dicho á usted: hay un nombre, que es el que puede darme — y con él un derecho superior á todos los demás, el de protegerla y de quererla, — y yo me hubiera hecho digno de él en fuerza de amor y de veneración á usted; hubiera dicho á usted cuál es el único título que puede darme este derecho á ser su defensor, su guardador, el único que puedo aceptar y sostener, y que consideraría tanpreciado y elevadísimo, que toda la fidelidad y el fervor de mi vida serían poco para corresponder á tan excelsa dádiva.

Florencia, con la cabeza inclinada, sollozaba.

— Querida Florencia, queridísima Florencia, como decía yo en mis pensamientos antes de que pudiera apreciar mi presunción é insensatez. Por última vez déjeme usted llamarla de este modo, déjeme usted estrechar su mano en prueba de que perdona y de que olvida cuanto tan inconsideradamente acabo de decirle.

Florencia levantó la cabeza y miró á Wálter con expresión grave y dulce á la vez. Había en aquella mirada tanta calma; había en la sonrisa con que acompañó la mirada una placidez tan suave, que Wálter sintió un estremecimiento en su corazón. Y más aún cuando Florencia, con voz conmovida, le dijo:

— No, Wálter, no lo olvidaré nunca. No lo olvidaré yo por nada del mundo. ¿Es usted... es usted verdaderamente pobre?

— Soy un errante — dijo Wálter — que para ganar su subsistencia viaja cruzando mares. Mi profesión es ésta.

— ¿Y va usted á marcharse pronto, Wálter?

— Muy pronto.

Florenxia se quedó parada un momento mirando á Wálter; luego tomó su temblorosa mano y la estrechó entre las suyas.

— Si me quiere usted por mujer, Wálter, le amaré eternamente. Si quiere usted dejarme ir con usted le acompañaré hasta el fin del mundo. A nada renuncio por usted, pues que no tengo nada y no abandono á nadie. Serán de usted mi amor y mi vida hasta el último instante, y su nombre será la última palabra que pronuncie al ir á comparecer ante Dios, si quedan alientos en mi pecho.

Reclinó Florenxia la cabeza en el pecho de Wálter atraída por éste. ¡Ya no se veía rechazada, ya no estaba sola en el mundo!

¡Oh! bienaventuradas campanas del domingo, ¡cuán suave es vuestro son para sus oídos encantados! ¡Oh! paz dominical bendita, ¡cuán armonizada está tu calma con su espíritu! ¡Feliz es el crepúsculo que ya empieza á combatir victoriosamente con el día envolviéndolos con su sombra, en tanto que Florenxia se adormece en el corazón de su elegido lo mismo que de niña en su cuna!

¡Con cuánto amor y confianza se apoya levemente en su amado! ¡Sí, Wálter, puedes mirar victoriosamente los entornados ojos que sólo á ti han de contemplar en el mundo!

El capitán se estuvo en la salita baja hasta el anochecer. Sentado en la silla que había ocupado Wálter mirando á la vidriera del techo, no se movió mientras que hubo alguna claridad del día. Luego, cuando empezaron á brillar las estrellas, se levantó, encendió

una luz, cogió una pipa, se puso á echar humo á lo alto y empezó á preguntarse qué pasaría arriba cuando no le llamaban para tomar el te.

En lo mejor de estas reflexiones presentósele Florenxia delante.

— ¡Ah, ah! lady joven — exclamó el capitán. — Largo ha sido lo que tenía usted que decir á Wálter.

Florenxia se acercó al capitán y, mirándole francamente á la cara, le dijo:

— Querido capitán, quisiera hablar con usted algunas palabras, si no le molesta.

El capitán levantó la cabeza al momento para ver y oír mejor á Florenxia, y empujó atrás la silla todo lo más que pudo.

— ¿Qué hay? — preguntó el capitán como inspirado de repente. — ¿Es eso?

— Sí — contestó vivamente Florenxia.

— Wálter... marido... ¿eso? — rugió el capitán tirando el sombrero por alto hasta la vidriera.

— Sí — repitió Florenxia riendo y llorando á la vez.

El capitán inmediatamente la abrazó. Luego recogió inmediatamente el sombrero de hule, se lo puso, volvió á Florenxia, la cogió de la mano y la acompañó por la escalera hasta el piso alto. Pero antes de entrar en el gabinete donde se había quedado Wálter, ocurriósele al capitán que era el momento de una broma la más ingeniosa de su vida. En consecuencia, se asomó por la puerta entornada, y dijo:

— ¡Eh, muchacho! De manera que no hay otro carácter, ¿verdad?

Y con esto se echó á reír con la mejor gana. Veinte veces repitió aquella broma, durante el te, restregándose en los intervalos la cara con la manga de su

casaca, ó la cabeza con su pañuelo de bolsillo. Pero no era este su único manantial de júbilo, disponia de otro, y así repetidamente decia con misterioso acento y mirando alternativamente á Wálter y á Florencia:

— ¡Edward Cuttle, muchacho, en toda tu vida no has tenido mejor idea que la de regalar tus poquitos bienes conjuntamente!

CAPÍTULO LI

MÍSTER DOMBEY Y LA SOCIEDAD

¿Qué hace este hombre altivo mientras van pasando los días? ¿Piensa alguna vez en su hija, discurre á dónde se habrá ido? ¿Cree que ha vuelto á casa, que sigue en ella su vida de costumbre? Él sólo sería capaz de decirlo. Desde la mañana fatal no ha vuelto á pronunciar el nombre de su hija. Nadie se atreve á mencionar un asunto que él está resuelto á pasar en silencio, hacer callar inmediatamente á la única persona que tiene el valor de preguntarle.

— Mi querido Pablo — murmuró su hermana entrando en el gabinete el mismo día en que se fué Florencia, — ¡tu mujer, esa advenediza! ¿Será cierto lo que confusamente he oído, es así como corresponde á tu sin igual inclinación á ella; tú, que has hecho el sacrificio, estoy segura de que ha sido un sacrificio de posponer tu propia familia á su altivez y á sus caprichos?

Después de esta peroración, bastante sentida como inspirada en el recuerdo del famoso sarao de estreno, mistress Chick hace gran uso de un pañuelo de bolsillo y desfallece cayendo en brazos de su hermano.